

NECROLOGIA

Manuel Díez Alegría

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. JOSÉ MARÍA DE AREILZA

Evocar la memoria de un querido académico y amigo que nos dejó para siempre, es un triste privilegio que he de cumplir con la brevedad que nuestros usos exigen. Más tiempo y espacio serían necesarios para exaltar en su dimensión la verdadera figura y la obra de don Manuel Díez Alegría y Gutiérrez, teniente general del Ejército, embajador de España, y hombre dotado de una tal elegancia literaria en sus escritos, en los que la claridad de lo expuesto se conjuga con un riguroso método y la sazón adecuada de lecturas y de referencias de primera mano.

Era asturiano de linaje, nacido en Buelna, sobre el acantilado cantábrico y al pie de los montes de Europa. Su mente despierta llamó la atención de sus profesores que le concedieron en el Instituto de Gijón, el premio Jovellanos, al mejor alumno de los que terminaban el Bachillerato, en 1921. Ingresó en la Academia de Ingenieros de Gualajara y se graduó de teniente en 1929. En 1935 siguió los cursos de la Escuela Superior de Guerra. En 1936 se incorporó como oficial de Estado Mayor, a las fuerzas del bando nacional en la brigada —más tarde, división primera de Navarra—, tomando parte en las campañas del Norte, Aragón, Levante, Ebro y Cataluña. Ascendió por méritos de campaña a comandante.

Su vocación docente le llevó a ser profesor y director de la Academia de Ingenieros y en 1964 fue nombrado director de la Escuela Superior y de Estado Mayor del Ejército. Se inició entonces un capítulo de su vida militar en el que recorrió las embajadas de Brasil, Venezuela, Francia y Portugal en funciones de agregado militar. Simultáneamente fue incorporado a comisiones de estudio de diversas armas, viajando a la Argentina, Chile, Perú y los Estados Unidos. Pronunciaba en esas ocasiones, conferencias sobre la organización militar española y los proyectos de modernización que se preparaban. Su formación se enriqueció durante esos años con numerosas lecturas y estudios, relativos a su profesión. En 1968 ascendía Díez Alegría al rango de teniente general. Dos años

después, sucedía a don Agustín Muñoz Grandes en el cargo de general en jefe del Alto Estado Mayor.

Eran tiempos y momentos difíciles, en los que la salud precaria del entonces jefe del Estado, había desencadenado los primeros rodajes inevitables de la transición. Don Manuel Díez Alegría, militar disciplinado, servía al Estado y a la comunidad española con rigurosa lealtad, sin ocultar nunca, por otra parte, sus opiniones personales rotundas, en favor de una futura Monarquía constitucional y democrática para nuestro país. Una intriga lamentable, montada sobre falsedades de bulto, hicieron que fuera cesado, en su alto cargo, bruscamente, en 1974, sin explicación alguna. El mismo, quiso dar a la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas como confesión histórica un relato puntual del episodio en junio de 1984, redactado con una seriedad minuciosa en la que no se advertía, ni por asomo, el más leve soplo de resentimiento.

Como ministro de Asuntos Exteriores del primer Gobierno de la Monarquía, tuve la satisfacción de proponer su nombre como embajador en Egipto, en marzo de 1976, cargo que desempeñó con notable eficacia. Durante esos años de jefatura de misión, llevó a cabo un interesante estudio sobre la sociología egipcia de alto interés por la hondura y el acierto de sus análisis.

Pero aparte de esa extensa hoja de servicios, quisiera pasar a resumir, la obra ingente formada por sus publicaciones que constituyen un conjunto de pensamiento original, sólidamente asentado en una filosofía que trascendía de su personalidad y le acompañaba en todos los actos de su vida.

En Díez Alegría había una simbiosis del hombre docente con ribetes universitarios —había profesado varios cursos con excelentes resultados— y del militar profesional. En 1965 pronunció en la Escuela Superior del Ejército una conferencia magistral que llamó la atención del selecto auditorio compuesto de personalidades militares y civiles. Se titulaba así: *Meditación sobre la guerra*. Y en ella se analizaban problemas como la licitud o la causa justa de las guerras y las diversas clases de conflictos posibles: nuclear global; nuclear parcial, guerra localizada y guerra de guerrillas. Este último aspecto de tan íntima resonancia histórica en nuestro país, tiene en ese trabajo de Díez Alegría, acaso el más penetrante texto que se haya dedicado a tan complejo y actualizado tema, en nuestra entera bibliografía militar.

En 1968 ingresaba en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, con un luminoso estudio titulado: *Defensa y Sociedad*. Monografía admirable sobre lo que él denominaba: «El problema externo de los ejércitos». Ensayo que a pesar de los años transcurridos no ha perdido nada de la frescura dialéctica que rezuman sus páginas.

En 1971, y en la cátedra «Palafox», de Zaragoza, expuso en una conferencia sus puntos de vista sobre «La novela histórica, como fuente de estudio de la sociología militar decimonónica». Análisis de gran novedad que revela la extensa afición del autor al siglo español que en tanta medida condicionó el proceso del nuestro. En 1980, su ingreso en

la Real Academia Española le dio ocasión de completar los trabajos anteriores, exponiendo en su discurso el valor literario de la pléyade de escritores militares del siglo XIX —Villamartín, Arroquía,, Gómez de Arteche, Fernández Duro, Barado, Múñiz y Terrones—, que forman un extraordinario grupo de «soldados humanistas», cuya visión de España, aunque enfocada desde un ángulo profesional de especialidad, enriquece notablemente el conocimiento de tan importante período.

Todavía podíamos añadir a esta biografía de urgencia, numerosas comunicaciones académicas del general Díez Alegría, como las que llevan por título «La seguridad europea», «El cambio en el gobierno de la defensa nacional», «Las mutaciones fundamentales de la sociedad militar contemporánea» y «El papel de la defensa en el proceso constitucional español». Séame permitido recordar a título de ejemplo, una de ellas titulada «La guerra y la moral», leída en 1971 y que se inicia con una cita estremecedora de la novela *Saint-Germain o la negociación*, de Francis Walder, alto jefe de Artillería del Ejército belga, presentada en 1958 al Premio Goncourt de Francia, obteniéndolo, por su altísima calidad literaria. La cita era sobre «el horror de la guerra; lo real de la guerra». Sobre el cúmulo de tragedias, abominaciones y oscuras violencias que caen sobre los hombres al estallar un conflicto armado. A mí me impresionó aquella referencia inicial del discurso de un gran soldado que nunca perdió la brújula de la dignidad moral en su agitada vida. Agitada en el quehacer, pero silenciosa en su existir cotidiano. Pocos meses antes de su muerte, me tocó asistir a un seminario en Avilés sobre la última guerra civil y sus repercusiones internacionales, que él presidía con inalterable ecuanimidad. Lo encontré triste y como recluso dentro de sí mismo. Me vino a la mente la balada anglosajona que dice que los grandes soldados al llegar a la edad cimera, no mueren sino que se desvanecen en el horizonte en silencio. De él, quisiera recordar, para terminar, este párrafo autobiográfico al término de una de esas comunicaciones a las que me refiero. Dice así:

«He servido durante más de cincuenta años y nunca intrigué, ni pretendía nada que no fuera mi derecho estricto. Incluso mostré siempre despego hacia los cargos importantes que se me proponían. Me hubiera gustado, empleando al decirlo fórmulas que pueden considerarse rituales, que mi puesto hubiera estado, «fuera, bajo la noche clara; arma al brazo, y en lo alto, las estrellas.» En definitiva, la verdadera vocación de un soldado, que es lo que yo soy. Hube de hacerlo en buena parte, en misiones de docencia y de planeamiento. Me consagré a ellas, por disciplina, esa virtud —y cito también un texto canónico— «que reviste su verdadero valor cuando el pensamiento aconseja lo contrario de lo que se nos manda. Cuando el corazón pugna por levantarse en íntima rebeldía. O cuando la arbitrariedad o el error van unidos a la acción del mando». «Hasta hoy podría aplicarme en mi modestia, con tranquilidad de conciencia, el orgulloso mote que ilustraba el escudo de un venerable linaje: *Sólo tengo lo que he dado.*»

Por habernos dado todo; su vida, su lealtad, su talento, a los españoles, es por lo que hoy tiene un recuerdo imperecedero entre nosotros, el teniente general don Manuel Díez Alegría.

